



EL PRIMER MUERTO

Bartolomé Zuzama

EL PRIMER MUERTO



Primera edición: marzo 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Bartolomé Zuzama

ISBN: 978-84-19595-92-8

ISBN digital: 978-84-19595-93-5

Depósito legal: M-7207-2023

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Esta novela está dedicada a la estupidez humana, que es capaz de llevarnos a situaciones tan extremas como las relatadas en ella por motivos tan espurios como una visión trasnochada y provinciana de patria, estado o nación.

A mi familia, que no ha dejado de apoyarme para que este proyecto sea una realidad y se haga público.

A Yolanda Izard, mi maestra de letras, sin cuyo sostén, ayuda y motivación esta singladura literaria no hubiera llegado a puerto.

NOTA

Todos los hechos y personajes que aparecen en la novela son ficticios y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Patria es una palabra hermosa, a veces en manos de cerebros corruptos.

EMILIO LLEDÓ, FILÓSOFO

Los conceptos de patria y religión han justificado las mayores atrocidades.

INTRODUCCIÓN

Las luces se han apagado, la proyección está a punto de comenzar. Los asistentes mantienen un respetuoso silencio mientras escuchan los versos de *Què volen aquesta gent?*¹ —canción compuesta por María del Mar Bonet, en el año 1968, para denunciar la represión franquista—, que provocan las primeras lágrimas y desentieran un tiempo que creían olvidado.

¹ *¿Qué quiere esta gente?*

CAPÍTULO 1: CRUZANDO LA LÍNEA ROJA

Madrid, 10 de noviembre de 2019

El magistrado retirado Julián Mendizábal y su mujer habían salido a cenar por el barrio, como otros muchos sábados. Mientras esperaban a que les sirvieran, se entretuvieron mirando la televisión del comedor. El anuncio de una comunicación especial hizo que prestaran atención y que los clientes bajaran el tono de voz.

Superpuestos a las imágenes, los rótulos destacaron la muerte de un policía en una manifestación en Barcelona. Al parecer, un furgón de los antidisturbios de la Policía nacional se había aproximado a una barricada para romper el bloqueo cuando un cóctel molotov impactó en uno de los parabrisas laterales. La ventanilla estalló y el líquido ardiente penetró en el interior del vehículo. La mayoría de sus ocupantes pudieron abandonarlo sin apenas daños; no así el conductor, que quedó envuelto en llamas.

El narrador completó la noticia especificando que el policía había fallecido en la ambulancia que lo transportaba a un centro médico. Mendizábal palideció, pero no hizo ningún comentario. En su interior sabía que aquel suceso iba a acarrear graves consecuencias para todo el país. También sospechaba que esa muerte iba a tirar por tierra todo el trabajo realizado para conseguir el acercamiento entre las posturas del Gobierno central y los soberanistas catalanes, en el que su organización estaba involucrada desde 2017.

El policía fallecido formaba parte del contingente que había sido trasladado a Barcelona en apoyo a los Mossos y para el mantenimiento del orden público. Las imágenes apenas tardaron unos minutos en difundirse en la mayor parte de los noticiarios nacionales e internacionales.

Este primer muerto del conflicto catalán que enfrentaba a los partidos y autoridades independentistas y al Gobierno central por el derecho a decidir se produjo, casualmente, la tarde de la jornada de reflexión, y trastocó el previsible resultado electoral y la vida posterior de todos los españoles. Si se hubiera tratado de un manifestante, esa baza hubiera jugado a favor del independentismo; y si se hubiera tratado de un *mosso*, la reacción fuera de Cataluña no hubiera sido tan virulenta; pero el destino trucó los dados.

Cuando la información sobre el incidente llegó a la organización estatal de inteligencia, el responsable de guardia informó sin demora a los mandos superiores. La mayor parte de ellos ya estaba al corriente a través de las noticias y eran conscientes de que se avecinaban complicaciones.

Las imágenes del policía nacional ardiendo comenzaron a circular a través de las redes sociales y del resto de medios de comunicación, y la primera reacción fue de incredulidad, pero a continuación vinieron otras.

Los simpatizantes de los partidos progresistas temieron que el suceso influyera en los resultados de las elecciones. Los independentistas tuvieron la seguridad de que se había cruzado una línea de no retorno que podía alterar por completo su relato de movimiento pacífico. Los simpatizantes de la derecha vieron en el suceso un atisbo de esperanza para cambiar un resultado que ya parecía escrito y que quizá les permitiera recuperar el poder.

Una vez en casa, Mendizábal no tardó en recibir información sobre las diferentes reacciones a través de sus contactos. En su nueva ocupación, tras el retiro, el día siguiente iba a ser crucial y

debían prever todos los escenarios para reaccionar adecuadamente.

Como una marea negra, la indignación comenzó a extenderse entre los ciudadanos, que recurrieron a todo tipo de fuentes para ampliar la noticia. Mendizábal se mantenía informado gracias al sistema de monitorización de los medios tradicionales y las redes sociales que habían puesto en marcha, y que cada vez se demostraba más útil. Cuando leyó determinados titulares y editoriales sobre el suceso, tuvo la seguridad de que la derecha iba a intentar utilizarlo para inclinar la balanza a su favor.

En Presidencia del Gobierno, supusieron que aquello influiría en las votaciones del día siguiente, pero nunca imaginaron cuánto.

Al confirmarse oficialmente el deceso, la ciudad de Barcelona, hasta entonces sumida en el terrorismo callejero, enmudeció. Los grupos de manifestantes, que mantenían en jaque a los antidisturbios tras unas barricadas improvisadas, comenzaron a disolverse, y los últimos en abandonarlas lo hicieron sin dejar de mirar hacia atrás, quizá esperando algún tipo de reacción, que esa noche no se produjo.

Los primeros datos oficiales de participación de la jornada electoral fueron muy reveladores: la abstención era muy superior a la pronosticada por los augurios más sombríos. Cuando cerraron los colegios electorales y se procedió al recuento, el nerviosismo cundió entre los apoderados de los partidos de la izquierda. Los datos eran peores que los esperados. Los representantes de la derecha resplandecían más felices que un niño en el día de Reyes al encontrar un regalo inesperado. Los resultados definitivos confirmaron la victoria aplastante del bloque de las derechas.

En su despacho de la organización estatal de inteligencia, al que se había trasladado a pesar de ser domingo, el general Montsegur, su director de operaciones, seguía la evolución de la jornada electoral a través de los medios de comunicación. Al reflexionar sobre los datos que iban llegando, fue consciente de que nadie podría

haber vaticinado esos resultados. También tuvo la certeza de que se aproximaba un posible proceso de involución que podría costar el futuro a todo el Estado si no se tomaban medidas para evitarlo. El problema era qué medidas tomar y con quién.

Para Biel, aquellas eran sus primeras elecciones, aunque tuvo que votar por correo. Seguía empadronado en Ciudadela, una de las ciudades de la isla de Menorca, donde había nacido y seguían residiendo sus padres.

La noche del 10 de noviembre seguía los resultados del escrutinio oficial en la sala de televisión de la residencia universitaria de Barcelona, donde vivía junto a otros chicos y chicas. Algunos de ellos vestían o portaban prendas con distintivos amarillos o consignas independentistas. La algarabía inicial había ido dando paso a un silencio incrédulo y temeroso a medida que los resultados de los partidos de derecha crecían; salvo en Cataluña, donde las opciones independentistas mantenían similares resultados a los de las anteriores y tan cercanas elecciones.

Mendizábal era de la opinión que la repetición de los comicios no había sido buena idea, y así se lo había hecho saber a quien había querido escucharlo. La sentencia del juicio por el referéndum ilegal que había condenado a duras penas de cárcel a numerosos miembros del Govern estaba muy reciente, y los ánimos de gran parte de la población catalana exaltados, lo que había generado una incontrolable violencia callejera. Aun así, era imposible pensar que podía producirse un resultado electoral como el ocurrido.

Un poco antes de la medianoche, compareció el ministro del Interior en funciones, como era preceptivo, para informar sobre los resultados del escrutinio, a falta únicamente de incorporar el voto en el extranjero, sin capacidad alguna para modificarlos.

Sumados, los resultados de los dos partidos de la derecha superaban holgadamente la mayoría absoluta. Ciudadanos y Unidas Podemos casi desaparecían convirtiéndose en irrelevantes, los

socialistas se hundían perdiendo casi cien escaños y únicamente resistían los partidos nacionalistas, manteniendo su número de diputados o con escasas pérdidas. La elevadísima abstención, sumada a una ley electoral que favorecía las mayorías, facilitaba que el Congreso se contrajera en número de partidos y se tiñera de azul. Tan solo diez partidos obtenían representación parlamentaria y la suma de la derecha tradicional con la ultraderecha acumulaba doscientos setenta y nueve escaños, siendo el Partido Popular el más votado con ciento setenta de ellos. Los socialistas mantenían unos exiguos cuarenta y cinco representantes; los nacionalistas vascos, seis, como la coalición de Puigdemont y Torra. Esquerra Republicana conservaba diez; y tanto la CUP como EH Bildu, Unidas Podemos y Ciudadanos, uno cada uno. El reparto del Senado era todavía más monocolor si cabe, con predominio absoluto del bloque conservador, salvo una exigua minoría de socialistas y nacionalistas vascos y catalanes.

Una vez conocidos los resultados oficiales, Mendizábal activó el procedimiento de convocatoria para una reunión extraordinaria del Colectivo, completamente justificada por los acontecimientos. Después intentó conciliar el sueño, pero los siniestros augurios que revoloteaban en su mente se lo pusieron difícil.

Cuando Montsegur regresó a casa para descansar un rato eran casi las tres de la madrugada. Los días sucesivos prometían ser bastante complicados.

A la mañana siguiente, y escudándose tanto en los resultados como en lo que denominaban «situación de emergencia nacional», el partido vencedor exigió la constitución inmediata de las Cortes y el traspaso de poderes.

A la vista del desarrollo de los acontecimientos, la máxima responsable del CNI, y por tanto la superior de Montsegur, encargó a

este que monitorizase la situación y la mantuviera informada para disponer de margen de reacción. No era su cometido ni el del Centro, ya que se ocupaban de la inteligencia exterior y de la contrainteligencia, pero su puesto en la estructura de mando y la situación requerían medidas excepcionales.

El general tomó las medidas oportunas para mantenerse al día del devenir de los acontecimientos y se resignó a tener que pasar más horas en el despacho revisando y analizando datos, noticias e informaciones.

Tres semanas más tarde, el candidato de la derecha juraba su cargo ante el rey acompañado por sus ministros, casi todos varones. A la toma de posesión asistió una nutrida representación de la Conferencia Episcopal y se escuchó de nuevo la fórmula: «Por España, juro», ante un crucifijo que había vuelto a salir del armario y que empequeñecía el ejemplar ornamentado de la Constitución sobre el que prestaban juramento.

Las imágenes, retransmitidas por todas las cadenas de televisión, enervaron a Mendizábal, al confirmar sus más siniestras predicciones. Ante la presencia de numerosas vestiduras talares, no pudo por menos que exclamar en voz alta: «¡Vaya, los cuervos han regresado y revolotean de nuevo cerca del poder!».

Unos días después, los miembros del comité federal del PSOE dimitieron y el partido pasó a ser regido por una gestora. Los medios de comunicación se cebaron en aquella debacle aireando las diferencias entre sus múltiples familias y sensibilidades.

Por su apoyo a la investidura, la ultraderecha se hizo con varios ministerios sensibles. Uno de los más golosos era el de Interior, que incluía, entre otras, la Secretaría General de Víctimas del Terrorismo y la de Fronteras. A los politólogos les resultaba imposible comprender cómo el partido mayoritario había podido ceder un ministerio tan vital, pero la realidad era obstinada. Todas las ministras salientes acudieron a las tomas de posesión ministeriales vestidas de negro riguroso como símbolo de duelo.

Fuera del templo, donde tuvo lugar el funeral de Estado por el policía nacional fallecido, se congregó una concentración «espontánea» de ciudadanos armados con banderas nacionales, que no tardaron en lanzar consignas contra las autoridades catalanas y los partidos independentistas. Entre las banderas constitucionales podían verse otras con prohibidos símbolos franquistas.

En Barcelona, donde Biel continuaba sus estudios, se mantenía una calma tensa, rota en ocasiones por disturbios puntuales reprimidos con contundencia. Sus padres le habían rogado que volviera a la isla hasta que se aclarara la situación, pero él prefirió quedarse en la residencia.

Biel no perdía ocasión de grabar todas aquellas escenas que se desarrollaban frente a sus ojos y su objetivo. Todavía no sabía para qué iban a servirle, pero su material era de una calidad y frescura semejantes a la de cualquier medio de comunicación. Su juventud y aspecto discreto le permitían acercarse a lugares y acontecimientos vetados en muchos casos a los medios tradicionales.

Tras la toma de posesión, el nuevo Gobierno aplicó sin demora la Ley de Seguridad Nacional. El Ministerio del Interior asumió el control de los Mossos y anunció futuras medidas para restablecer el cumplimiento estricto de las leyes. Las protestas de la Generalitat y de los movimientos secesionistas no se hicieron esperar, agravando el ya de por sí enrevesado tablero político.

Entre la abundante información incautada a los independentistas en los registros tras el referéndum ilegal, se habían hallado informes confidenciales sobre las afinidades políticas y otros aspectos privados de los Mossos, como tendencias sexuales o incluso creencias religiosas, que fueron archivados. Aprovechando ahora esos datos, las autoridades de Interior purgaron el cuerpo, trasladando a los menos afines a destinos burocráticos. Muchos de ellos solicitaron su cese al poco tiempo.

Aunque estas decisiones no se hicieron públicas, Mendizábal no tardó en enterarse gracias a su red de contactos en los ámbitos policial y judicial. Todavía no tenía claro qué utilidad podrían darle, pero cualquier información representa poder.

Montsegur, que era zorro viejo, iba detectando importantes y preocupantes cambios en las relaciones entre el CNI y el renovado Ministerio del Interior. Todavía no se concretaba en nada demostrable, pero el flujo de datos que suministraba dicho ministerio parecía disminuir, lo que comenzó a inquietarlo, ya que la mayor parte de la información interna de interés provenía de allí.

La cadena pública de televisión no tardó en sufrir una completa reconversión tras el cambio de Gobierno, para erigirse en la portavoz del ejecutivo y suprimir cualquier crítica a sus gestiones. En uno de los primeros noticiarios tras la toma de posesión, lanzó la noticia de que no solo no se iban a eliminar las concertinas de la frontera de Ceuta y Melilla, sino que se iban a reforzar e incrementar.

Lo que no dijeron los noticiarios, aunque pronto se difundió por medios alternativos, fue la promoción de conocidos miembros de la denominada «Policía patriótica» a áreas y comisarías de máxima relevancia cerca de Madrid. Discretamente, y tras un indulto muy controvertido, el comisario «V» abandonó la cárcel y su sumario fue sobreesido.

Dichos nombramientos y el sobreesimiento fueron conocidos por Mendizábal antes de que se hicieran públicos. Quizá hubieran cambiado la cúpula, pero entre los peones seguía habiendo muchas personas que no comulgaban con el nuevo ideario del ejecutivo y le filtraban información sobre las actuaciones que consideraban un uso partidista de las instituciones del Estado.

Antes de Navidad, Mendizábal recibió un correo anónimo a través de una dirección que pensaba que ya no existía. En ese correo se adjuntaban documentos confidenciales sobre las directrices

del nuevo ejecutivo que solo podían provenir de una fuente situada muy alto en el escalafón. El texto del correo prometía nuevos envíos, sin exigir nada a cambio ni dar a conocer al remitente.

CAPÍTULO 2: ENTRE LAS SOMBRAS DE LA HISTORIA

Madrid, diciembre de 2019

Tras la preceptiva y, como siempre, confidencial convocatoria, Montsegur se personó en la reunión convocada en la sede del Club de Opinión Francisco Pi y Margall, un hermoso palacete escondido en el Madrid de los Austrias, en cuyo interior se prestaban inestimables servicios desconocidos por los ciudadanos. Esa asociación, fundada a principios de la Transición y financiada con aportaciones privadas, facilitaba la interlocución entre diferentes organizaciones e instituciones y fomentaba el diálogo como herramienta fundamental para la resolución de conflictos. Con una hermosa y nutrida biblioteca y un salón de actos adecuado a sus fines, reunía las condiciones imprescindibles para poder organizar y ofrecer un interesante programa anual de actividades, fundamentalmente conferencias y debates abiertos al público en general. Sus archivos, bastante bien dotados, estaban a disposición de investigadores de la historia moderna y contemporánea de España.

Lo que conocía mucha menos gente era que, a través de una discreta puerta en la segunda planta, se accedía a uno de los secretos mejor guardados del país desde el final de la dictadura.

Encubierto por la imagen pública de la asociación, un reducido y escogido grupo de personas trabajaba en el anonimato para so-

lucionar problemas de enorme calado que no podían o no debían resolverse por otros cauces.

Apenas unos meses después de la muerte del dictador, una camarilla de visionarios, que creían firmemente que el futuro de España estaba ineludiblemente unido a una democracia moderna y consolidada, comenzaron a reunirse periódicamente.

Aquellas reuniones informales, que al principio tuvieron lugar en domicilios particulares o en los salones privados de algún restaurante, evolucionaron hasta convertirse en el denominado «Colectivo Diálogo», que oficialmente no existía.

Los fines del Colectivo, consensuados desde su inicio, perseguían la implantación, mejora y consolidación de la democracia, la eliminación de las desigualdades, la libertad y la justicia. El lema que los definía y que se había ido asentando con el tiempo era: «Siempre más a favor que en contra».

Renunciando desde el principio a la idea de convertirse en una especie de Gobierno en la sombra, eran lo más parecido a un gabinete independiente y profesional de crisis. Su principal cometido consistía en diseñar y auspiciar vías de solución para graves problemas del Estado español en situaciones especiales de bloqueo o de riesgo de las libertades.

Con el tiempo, fueron tomando validez una serie de normas no escritas por las que se regían y con las que se sentían cómodos y legitimados.

El Colectivo lo constituían trece personas, doce vocales y un presidente. Todas las decisiones eran consensuadas y tomadas por unanimidad.

Esta composición y su número eran objeto de continua ironía entre sus miembros, que se autodenominaban «el sanedrín», «Carmelot», «el mandarinato» o, más recientemente, «La última cena», con la búsqueda permanente del inevitable Judas infiltrado entre ellos.

Aunque intentaban representar a la mayoría de los colectivos con influencia en la sociedad española, nadie accedía por una cuota

sino por méritos personales. La única excepción a esta regla, pactada desde el primer momento, era que los servicios de inteligencia debían tener un representante permanente y ecuánime.

Otra norma que se mantenía vigente, cumpliéndose a rajatabla, era la prohibición de acceso al Colectivo de ningún político en activo. Por último, cuando se producía el cese de algún miembro, este proponía un relevo que debía ser aceptado por unanimidad.

Habían formado parte del Colectivo magistrados, miembros de las Fuerzas Armadas y de los cuerpos y fuerzas de seguridad, empresarios, banqueros, periodistas, sindicalistas, científicos o figuras relevantes del mundo académico, junto con pensadores y altos funcionarios. Facilitaba el acceso su probada trayectoria democrática, la capacidad de diálogo y conciliación y una amplia red de contactos, pues la organización apenas disponía de recursos para el cumplimiento de sus fines.

En sus primeros años, llegó a pertenecer a ella algún alto dignatario de la Iglesia, significado especialmente con los valores fundacionales, pero ahora esos perfiles escaseaban.

Aunque se trataba de un club eminentemente masculino, cada vez más mujeres eran elegidas para formar parte de él.

En su haber, contaban con algunas actuaciones destacadas, si bien jamás reconocidas, como su mediación en la negociación de la Constitución de 1978 o en la legalización del Partido Comunista y el cese del posterior ruido de sables. También habían mediado en el conflicto de Perejil, la salida sin bajas de nuestras tropas de Irak y la posterior restitución de la confianza de nuestros aliados, el cese del terrorismo de ETA y la intervención en conflictos laborales de alto impacto.

Desde hacía más de dos años, sus esfuerzos estaban centrados, casi en exclusiva, en el conflicto territorial de Cataluña.

Además de los miembros, el Colectivo contaba con algunos recursos externos para determinados proyectos, como el sistema de monitorización de medios. Unos se financiaban con fondos propios y con otros existían colaboraciones e intercambios no financieros.

Si bien se trataba de una organización «inexistente», todos los presidentes del Gobierno la conocían; aunque, para poder contar con su ayuda, únicamente podían compartir ese secreto con su sucesor o sucesora en el palacio de la Moncloa. Algunas de sus actuaciones se habían llevado a cabo por expresa solicitud del presidente de turno, aunque también actuaban de oficio.

Había anochecido cuando Montsegur llegó al lugar. Tras entrar en el palacete por una discreta puerta que daba a un callejón, subió por una escalera interior hasta la segunda planta, traspasó la puerta de seguridad con su clave biométrica y accedió a la sala donde se reunía el Colectivo.

Aquella amplia sala sin ventanas había sido adaptada para ese cometido y mantenía una decoración ecléctica, aunque muy estudiada. Contaba con numerosas medidas de seguridad, así como con un completo y moderno equipamiento tecnológico de comunicación y exposición. Trece sillones anatómicos rodeaban una espléndida mesa de madera estilo imperio, profusamente iluminada, y componían un conjunto estilístico funcional pero atractivo. Junto a las paredes, una pequeña zona de *catering* ofrecía la posibilidad de servirse un café o alguna bebida sin alcohol. El mueble bar, en su día muy frecuentado, había pasado a mejor vida, junto con los ceniceros y el humidificador. Desde la sala se accedía a varios despachos equipados e insonorizados, como la sala principal, a disposición de los miembros.

Salvo el presidente, ya sentado en su asiento, los componentes de la mesa no tenían un puesto asignado. Algunos sitios ya estaban ocupados cuando Montsegur llegó, por lo que saludó a los presentes antes de acomodarse en uno de los sillones vacantes.

Mendizábal estaba situado cerca de la cabecera. Tras la convocatoria extraordinaria que él mismo había solicitado, el resto de los miembros habían sido avisados y estaban presentes.

El único punto del orden del día de la reunión era analizar la situación del país tras la toma de posesión del nuevo Gobierno, así como las medidas que se habían implantado desde entonces.

Como responsable del área de inteligencia interior, Mendizábal expuso lo que parecía una manipulación diseñada expresamente. Esta englobaría el conjunto de actividades realizadas por determinadas cadenas y medios de comunicación para influir en la opinión pública e incluso en los resultados de las elecciones. También comunicó al Colectivo los recientes nombramientos en la cúpula policial y las purgas encubiertas en el cuerpo de los Mossos utilizando para ello información personal confidencial protegida por el artículo 14 de la Constitución.

A continuación, Montsegur detalló la información de la que disponía sobre Cataluña, así como su opinión de lo que podía acontecer si la situación allí se agravaba. Otros miembros también aportaron datos y pareceres, y la reunión se clausuró sin que se hubiera decidido ninguna actuación concreta, salvo la de mantener abiertos todos los canales de información.

